



Tema libre

Las Voces (Un caso clínico de Stramonium)

Autor: Dr. Héctor Azaro

Colaborador: Dra Marta Arroqui

Academia de homeopatía “Dr. Constantino Hering”.

(Av. Rivadavia 2134- 5B- PRIMER CUERPO Tel: 4954-3098)

azaro@intramed.net celular 54 911 593130007

martaarroqui@yahoo.com.ar celular 54 911 67850562

Motivo del trabajo

Este trabajo, más allá de describir un remedio, recoge la sencillez, humildad y sinceridad del hombre de la Isla. Su vida es muy dura y llena de imprevistos que ellos consideran como normales por su habitualidad. Forjados en los extremos del frío y del calor. Condicionados en su quehacer por el temperamento del río y de los medios de transporte. Tan cerca y tan lejos de la Capital. Roberto Arlt fue un magnífico traductor de la vida del Islero y pudo retratar con fidelidad y aprecio al nativo del "agua" a fines de la década del 30.

Introducción

La cena había transcurrido sin sobresaltos. Sin llamados ni emergencias. Mientras esperábamos el café, disfrutábamos de los últimos sorbos de vino como si fuéramos bebedores consumados: Tragos cortos y espaciados. Afuera la temperatura se había caído del cero grado. Una brisa leve y helada se colaba entre el marco y la puerta. El diario de ayer terminó plegado como burlete en el lomo de la puerta. Las gruesas paredes de adobe devolvían generosamente el calor acumulado durante el día.

Encerrados en la cocina, gratificados con el afecto de una buena comida, era un buen fin de jornada. El perro se defendía del frío durmiendo enroscado con el hocico hundido en el ijar. El gato lo imitaba sobre la estufa. Los canarios, inflados de plumas, se mecían en su palito en precario sostén. Miraba con cierta envidia la placidez de su sueño y la renovada facilidad de conciliarlo tras cada interrupción. Su capacidad de alerta incansable.

Sin hacer mucho alboroto despejamos la mesa y comenzamos a ordenar las recetas magistrales y las consultas del día siguiente. Todo hacía pensar que con temperaturas tan bajas nadie se animaría a visitarnos temprano, pero en el cuaderno de turnos había alguien anotado a las 9 de la mañana.

-“Es una nena de diez años, Julieta N., viene de lejos, de la segunda sección”. Dijo Enzo con tono preocupado.

“Por la insistencia de la madre debe ser algo serio porque quería la entrevista con urgencia”.....

Me quedé pensando en el sacrificio de navegar con temperaturas tan bajas. Sería la primera paciente del día y la piecita de madera y adobe que hacía de consultorio, necesitaría una hora más o menos para caldearse. Para eso contábamos con un voluntarioso “primus” y una

estufita a mecha multiuso. Se sentía tanto el frío, que nos movíamos con ella a cuestas, despacito y con cuidado para que la llama no perdiera su azul transparente.

Sentía curiosidad por ese llamado. Qué dolencia de la niña impulsaba a esta familia a buscar ayuda en condiciones tan rigurosas?

Las contingencias del medio hacen que lo insólito sea habitual. El islero nativo suele ser duro. Tan duro como la naturaleza que todos los días los pone a prueba.

Enzo interrumpió mis cavilaciones con una taza de café recién filtrado. La recibí con las dos manos para aprovechar una fuente más de calor. El frío intenso y la humedad eterna hacían imposible tomar una infusión sin empañar los anteojos. Sin separar las manos de la taza humeante, pensaba en los veinte metros que me separaban de mi cama. En el fondo del terreno, sobre escuálidos parantes, se levantaba la casita casi centenaria que albergaba el consultorio y mi habitación. Miré por la ventana calculando la travesía. La oscuridad casi completa se comía la tímida luz amarilla de la única bombita en el medio del parque. Saludé a Enzo y abrí la puerta sin pensarlo mucho.

Una masa de frío húmedo me dio en la cara. Bajé resuelto las escaleras y encaré las primeras lajas al tanteo, tratando de memorizar el caminito. Cuando pasé debajo de la lucecita amarilla, me detuve a observar varios sapos inmóviles aguardando su cena.

La quietud es el método perfecto del ocultamiento. Cuando levanté la vista perdí la noción del entorno. Sólo las lajas guiaban mis pasos porque mis ojos se perdían en un escenario negro. Percibía ruidos ahogados en el pasto alto a cada lado del camino. Con pasos ampulosos de marioneta y los brazos extendidos buscaba el primer escalón de la escalera. Di con el primer escalón y enseguida con la madera húmeda y helada de la baranda. Me había olvidado del frío. Eran casi las doce de la noche. Todo era silencio. Antes de entrar a la casita miré hacia atrás y tuve la impresión que miles de ojos me observaban.

**

A la mañana siguiente un sol sin nubes comenzaba a entibiar el vidrio de la ventana que daba al río. Alcanzaba a distinguir el vapor que se levantaba del cauce encajonado. Caminando hacia el muelle escuché la cadencia inconfundible de un motorcito isleño. A menos de cien metros se acercaba una chalana arrastrando la bruma tras de sí. Cortaba tan suave el agua que la estela a su paso moría antes de llegar a los bordes del arroyo. Lentamente fue dejando el centro del canal para terminar recostándose contra el muelle. Mi pequeña paciente había llegado. Sólo su madre la acompañaba. Con movimientos seguros y equilibrio envidiable, la niña apoyó un pie en la borda y en un paso estaba sobre el muelle. El gorro de lana y la bufanda arrollada en el cuello solo dejaban al descubierto los pómulos rojos de frío y vergüenza. Mientras ayudaba a amarrar su bote, tendí una mano a su madre para sostener su desembarco. Con ágil maniobra ella también saltó libremente sobre el muelle con la confianza del gesto repetido. Recién entonces tomó mi mano con fuerza para saludarme con amplias sacudidas. Les indiqué el camino hacia el

consultorio y en fila india por el sendero de lajas atravesamos el parque. El suave aroma a lavanda que dejaban a su paso, no lograba disimular el olor a leña impregnado en sus ropas, prolijamente zurcidas y limpias. Gruesos gorros de lana rústica ceñían sus cabezas, apretados y firmes.

Una vez en la habitación que hacía de consultorio nos sentamos alrededor de la estufa y en silencioso disfrute extendimos las manos sobre ella. La llama azul envolvía el mechero plagado de puntos rojos incandescentes.

Caso clínico

“Cuénteme, en qué las puedo ayudar” La niña bajó la mirada, retiró las manos y las puso debajo de sus muslos. Absorta en el gesto de balancear las piernas.

- “Mire doctor, tenemos un problema muy serio con mi hija. Hace años que intentamos mejorar esta situación pero no logramos nada...”

Sin sospechar lo que pasaba la insté a seguir con su relato.

... la llevamos no sé a cuantos médicos sin resultados. Le dieron remedios de todo tipo y como si nada, todo sigue igual” Se encogió de hombros con un gesto de desaliento y fastidio.

-“Entiendo” dije yo con seguridad... y como muestra de apoyo. “Pero, por favor, cuénteme más sobre el motivo que la llevó a tantos médicos”

Me miró sorprendida y exclamó señalando a los pies de su hija – ¡“El olor a pata, doctor, no se soporta...el olor a pata, por más que la lave el olor es tan fuerte que el jabón no lo puede tapar...está en su sangre...!”

Sin saber que decir, ganado por la sorpresa, atiné a preguntar sobre otras dolencias de la niña. Para su madre, no existía otro síntoma de mayor jerarquía que el ofensivo olor de los pies de la niña, que permanecía en silencio, resignada con su estigma.

Algo se expresaba a través de esos piecitos...y no sabía que era. A veces la enfermedad toma prestado un disfraz. Su verdadero rostro permanece oculto en la singularidad de cada ser. Comencé a indagar sobre la vida de la niña, separando a sus pies del foco de atención.

-“Cómo marcha en la escuela”?

-“Mal” Me respondió con énfasis, como si ese fuera el único desempeño posible de la niña.

-“Repitió el último grado y sus notas son desastrosas, además, por sus reacciones agresivas nos citaron más de una vez”

-“Agresivas? Cómo?...”

-“Dicen que es muy callada y tranquila, pero que puede reaccionar con violencia y pegar a sus compañeros con lo que tenga a mano si la molestan o quitan sus cosas”

-“...y en su casa”?

-“Igual, es tranquila, callada, le cuesta mucho esfuerzo estudiar. También si sus hermanos la molestan puede pegarles, aún a los mayores...hace poco corrió a su hermana con un cuchillo”...dijo alarmada sacudiendo la cabeza.

Como la niña permanecía en silencio y su madre parecía intimidarla, le sugerí con un ademán que nos dejara solos. Se puso de pie como un resorte y besando sus manitos le aclaró que mientras compraba unos remedios en la farmacia, aprovechara a charlar conmigo. Al quedarse a solas volvió a calentarse las manos sobre la estufa y bajó sus hombros. Le ofrecí un caramelo que aceptó sin dudar. Cuidadosamente se avocó a la tarea de despegar el papel adherido al mismo.

Mientras me servía un mate traté de animarla asegurándole que pronto se sentiría mejor y que la escuchaba atentamente si hubiera algo que me quisiera decir.

-“Mi mamá está muy enojada con el olor de mis pies” Dijo mirándome a los ojos por primera vez y sacándose el caramelo de la boca continuó con tono maduro: “Yo sé que el olor le molesta a todos, pero lo que me preocupa es otra cosa....”

Antes de que pudiera preguntarle nada y mirando fijamente al caramelo, confesó: “Tengo miedo de que crean que estoy loca”... “Escucho voces, me despiertan todas las noches y grito muy fuerte despertando a todos...me da mucho miedo y no sé donde esconderme o escapar”...

-“Qué más”?

“...Escucho voces, murmullos afuera, no distingo lo que dicen pero es claro que están hablando...hacen ruido como que mueven cosas” “Eso me despierta y grito de miedo”.

Levantó sus ojos y los fijó en los míos buscando algo más que curiosidad.

“Usted me cree”?

-“por supuesto que te creo” Dije con seguridad.

Suspiró aliviada y recostándose sobre el respaldo de la silla, volvió a su caramelo.

Como si pensara en voz alta y aventando cualquier duda, se dijo a sí misma: “Pero las voces existen...no estoy loca...”.

Crujió la escalera. Alguien subía. La niña se replegó. Cruzó los brazos y fijó su atención en las puntas húmedas de sus zapatillas. Su postura marcaba el límite.

La madre había regresado. Relató su versión sobre los episodios nocturnos de su hija, sin dramatismo ni emoción. Como un hecho común y sin mayor trascendencia. Cosas de chicos. Agregó además que con las primeras sombras del anochecer, no salía de su casa. El pánico a la oscuridad reducía su mundo. Los seres murmurantes y ruidosos la visitaban cada noche. Nadie podía dormir con sus gritos.

En el relato emergió la singularidad de un desequilibrio profundo. Probablemente en él se gestaban los demás síntomas que solamente Julieta podía desarrollar. De todos los hermanitos, sólo ella sufría estos miedos.

Con estos elementos pudimos encontrar un remedio adecuado a este sufrimiento y se lo administramos de inmediato.

Pasaron semanas hasta tener noticias de ella. El éxito del tratamiento había sido inmediato. El rendimiento escolar había mejorado de un día para otro para sorpresa de sus maestras y de sus padres. Su agresividad se había diluido en una actitud más tolerante. Comenzó a disfrutar de las noches en el muelle en compañía de sus perros. Pero, según su madre, lo que todos festejaban con entusiasmo, era que el olor a pata había desaparecido.

Nos volvimos a encontrar siendo una sana y hermosa joven de diez y siete años. No pude evitar preguntarle por aquellas voces.

-“Siguen estando” Me respondió sonriendo. “Pero ya no me asustan”